

dré exclamar con Horacio *quando ego te aspiciam? quandoque licebit!* No será yo la que vea emplearse las bellezas de este arte mágico en objetos tan grandiosos.

Myladi. Parece exacta y curiosa la idea que V. nos ha dado de la milicia Mexicana, de su organización, y premios con que se alentaba el valor: desearía saber qué armas usaban aquellos guerreros, pues esto debe tener lugar en su historia militar, y formar una parte esencial de ella.

Doña Margarita. Harélo con gusto el día de mañana pues hoy ya es tarde, y nos hemos detenido mas tiempo del regular; y así queden W. con Dios.

CONVERSACION DECIMANONA.

Doña Margarita. La conversacion de hoy debe apoyarse en las relaciones que tenemos de los conquistadores españoles, que como duchos en la guerra, sabian calificar la naturaleza de las armas de los enemigos con quienes se batieron, y despacharon algunos centenares al otro mundo: serán por lo mismo exactas, y W. no dudarán darles asenso.

Myladi. Es claro, porque hablan en asunto propio, y de su facultad.

Doña Margarita. Segun ellas, habia armas defensivas y ofensivas. Las primeras (dice Clavijero remitiendose al conquistador anónimo (*)), comunes á nobles, plebeyos, oficiales y soldados, eran los escudos que llamaban *chimalli*, y eran de diversas formas y materias. Algunos eran perfectamente redondos, y otros solo eran en la parte inferior. Los habia de *otate* ú *otatli*, ó cañas sólidas y flexibles, sujetas con gruesos hilos de algodón, y cubiertas de plumas, y los de los nobles de hojas delgadas de oro: otros eran de conchas grandes de tortuga, guarnecidos de cobre, plata ú oro, segun el grado mi-

(*) Este era Francisco de Terrazas, mayordomo de Cortés, hombre de juicio, testigo presencial, y recomendado por el Sr. Zurita de veraz.

litar, y las facultades del dueño. Unos eran de tamaño regular; otros tan grandes, que cubrian todo el cuerpo cuando era necesario, y cuando no, los doblaban y ponian bajo del brazo á guisa de nuestros paraguas. Probablemente serian de cuero, ó de tela cubierta de ule, ó resina elástica. Los habia tambien muy pequeños, menos fuertes que vistosos, y adornados de plumas; pero estos no servian en la guerra, sino en los bailes que hacian figurando una batalla.

Las armas defensivas propias de los oficiales, eran unas corazas de algodón, de uno y aun dos dedos de grueso, que resistian bastante bien á las flechas, y por esto las adoptaron los españoles en sus guerras contra los Mexicanos. El nombre *Ichcahuepilli* que estos les daban, fué cambiado por aquellos en el de *Escaupil*. Sobre esta coraza que solo cubria el busto, se ponian otra armadura que además del busto cubria los muslos, y la mitad del brazo. Los señores solian llevar una gruesa sobreveste de plumas sobre una coraza compuesta de pedazos de oro y plata dorada, con la que no solo se preservaban de las flechas, sino de los dardos y espadas de los españoles. Además de estas prendas que servian de defensa al busto, brazos, muslos, y aun á las piernas, metian la cabeza en una de tigre, ó de serpiente hecha de madera, con la boca abierta, y enseñando los dientes para inspirar miedo al contrario.

Myladi. Un campo de batalla en que se me presentaran semejantes figurones, me parecería mas bien una farza que un campo de guerra, y mas me harían reir que temer.

Doña Margarita. Eso se me hace difícil de creer. Si yo me viera en medio de esos hombres como si estuviese en medio de una manada de castores, ó de Urang-Utanes que á nadie dañan, desde luego estaria divertida; pero hallandome entre esos figurones, que á lo horrible de sus cataduras agregan el furor de unos demonios, lanzan flechas, arrojan piedras y dan sendos macanazos que dividen un cuerpo á cercen, como quien taja un requeson; me vería en el mayor conflicto, y no sabria donde meterme.

Mr. Jorge. Ha respondido V. discretamente.

Doña Margarita. Todos los nobles y oficiales se adornaban la cabeza con hermosos penachos, procurando por este medio dar mayor talante, y realce á su estatura. Los simples soldados iban desnudos, sin otro vestuario que el que en la cintura se ponian por decencia; pero fingian el vestido que les faltaba por medio de los diversos colores con que se pintaban el cuerpo. De esto se han maravillado los historiados-

res europeos, y de otros usos extravagantes de los indios; más se olvidan de que eran comunísimos en las antiguas naciones del antiguo mundo. Por lo que he dicho á W. otra vez creo que los soldados Texcocanos se presentaron vestidos de blanco, y uniformes, como lo indica la preciosa proclama de Netzahualcōyōtl, en que compara su ejército con un jardín de bellas flores en que campeaban los lirios (*). Yo he inquirido de los militares que hacen la guerra hoy á los Apaches y otras naciones bárbaras, la causa por qué éstos aún acostumbran teñirse la cara con vermellon, y me aseguran que es porque preserva á los indios de la ardencia del sol.

Las armas ofensivas de los Mexicanos eran la flecha, honda, maza, lanza, pica, espada, y dardo. El arco era de una madera elástica, y difícil de romperse, y la cuerda de nervios de animales, y de pelo de ciervo hilado. Había arcos tan grandes (dice el P. Clavijero), y aun los hay todavía, que la cuerda tenía cinco pies de largo; las flechas eran varas duras, armadas de un hueso afilado, ó de una gruesa espina de pescado, ó de puntas de pedernal, ó de *itzli* (piedra obsidiana).

Myladi. La flecha, á lo que entiendo, es una de las armas primitivas que han usado todas las naciones en su origen, como se vé en la escritura sagrada, pues cuando los Asyrios formidaron á Jerusalén que el ángel exterminador acabó con ciento ochenta y cinco mil de ellos, los que sobrevivieron á tal destrozo, no pudiendo negarlo sino atribuyéndolo á causa natural, decían que se había soltado tal plaga de ratas en el campo, que en una noche rompieron ó se comieron las cuerdas de los arcos, dejándolos inutilizados. En cuantas cosas convienen todos los pueblos uniformemente, que nos obligan á creer que han tenido un origen comun!

Doña Margarita. Los Mexicanos eran agilísimos en el uso de la flecha, y á este ejercicio se aplicaban desde su niñez, estimulados por los premios que les daban sus padres y maestros. Los Tepehuanes eran famosos para tirar tres ó cuatro flechas á un mismo tiempo. En tiempo del Virey Conde de Gálvez, una partida de indios mansos que se presentó en México, hizo alarde ante aquel gefe de su destreza en el uso de esta arma, manteniendo una mazorca de maíz en el aire, y desgranándola hasta dejar solo el *olote* ó tronco de ella. El P. Clavijero asienta, que ninguno de los pueblos de Anáhuac se sirvió jamás de flechas envenenadas; creo que en esto pa-

(*) *Conversacion 3, tom. 2. págs. 36 y 37.*

decio equivoco tan respetable escritor, pues Mochteuzoma Xocoyotzin cuando dió por esposa al Rey de los Zapotecas *Cocijóeza* á su hija la linda *Coyolicatzin* (*), no lo hizo por amor, sino para descubrir por medio de ella de su marido el gran secreto de envenenar las flechas que tenían sus vasallos, y con el que lograron derrotar á los Mexicanos en una expedicion que hicieron sobre los de *Tehuantepec*, y no logró saberlo; como ni tampoco que esta señora descubriese ciertos secretos á su padre para perder á su marido, pues prefirió las obligaciones de esposa á las de hija, como asegura el P. Burgóa en su Palestra. El *Miquahuil* era una especie de baston de tres pies y medio de largo, y de cuatro dedos de ancho, armado por una y otra parte de pedazos agudos de *obsidiana*, pegados con goma laca. Hacíanla con el jugo de raíz de *cacotle*, mezclado con estiercol de mucíelago. Estos pedazos tenían tres dedos de largo, uno ó dos de ancho, y el grueso de las antiguas espadas españolas. Eran tan cortantes como que de la misma materia formaban las navajas para rapar la cabeza, de que usaron (dice Vetancurt) los mismos conquistadores á falta de navajas de Europa. Chimalpain cuenta, que cuando se presentó una descubierta de caballería de Cortés sobre los de Tlaxcala, salió otra de los indios, y le mataron dos caballos de dos cuchilladas, y segun lo dicen algunos autores fidedignos (son sus palabras) que lo vieron.... *cortaron de cada golpe un pescuezo de caballo con riendas y todo, de que quedaron maravillados y atónitos los españoles (**).*

Myladi. No creo que podría hacerse mas con una espada castellana esgrimida de revéz ó á mandóble.

Doña Margarita. Yo poseí y regalé al muséo el regaton de una de esas espadas, hallado en el campo de Ntra. Sra. de los Angeles, y noté que era agudo, iztriado, harto pesado, y que su herida sería como de bayoneta de tres filos, y noté que era una arma ofensiva con los filos, y defensiva con el peso. Entiendo que el defecto que tenían era el de embotarse á los primeros golpes. Llevaban esta arma atada con una cuerda al brazo para que no se escapase al dar el golpe. Hablémolos ya de las picas. Estas tenían en vez de hierro una gran punta de piedra, ó de cobre. Los de Chinantla, y algunos pueblos de Chiapas, usaban picas tan desmesuradas, que segun el P. Clavijero tenían diez y ocho pies de largo, y de ellas se sirvió Cortés contra la caballería de su rival Pánfilo de Nar-

(*) *O sea copo de algodón.*

(**) *Chimalpain, Cap. 43. pág. 75. tom. 1.*

váez; aunque anticipadamente ya habia usado de otras picas muy mas largas desde su campo, quiero decir de tejuelos de oro con que procuró astutamente ganar amigos en el campo del buen Pánfilo. A esta clase de picas, ¿quién resiste?

El dardo Mexicano llamado *Tlacochili*, era de *otate* ó de otra madera fuerte endurecida al fuego, ó armada de cobre, obsidiana, ó de hueso. Muchos tenian tres puntas para hacer tres heridas á la vez. Lanzaban los dardos con una cuerda para arrancarlos despues de que habian herido. A esta arma temian mucho los españoles, porque solian arrojarla con tanta fuerza que pasaba á un hombre de parte á parte. Los soldados iban por lo comun armados de espada, arco, flechas, dardo, y honda. Creo que lo dicho bastará para hacer conocer á W. que la nacion Mexicana fué guerrera, á par que ilustrada, y que puede muy bien colocarse en la lista de los primeros militares del universo conocido. Fáltame para completar esta idea, hablar de los medios con que alentaban el valor militar, entre los que tiene lugar la *música*, y la *bandera*.

Myladi. ¿La *música*? ¿Y qué efectos podría producir entre los Mexicanos, cuando estaba reducida á pocos instrumentos é imperfectos?

Doña Margarita. Los mas maravillosos....

Myladi. Dispense V. que lo tenga por una paradója de su ingenio.

Doña Margarita. Si lo fuere, me lisonjearé de que me acompañe en esta paradója un autor muy respetable, y la experiencia. Anácaris dice, hablando sobre la *parte moral de la música*, que habiendole preguntado á Filótime (*): ¿por qué no producía hoy la música los mismos efectos prodigiosos que en otro tiempo? Le dió esta respuesta: porque entonces era mas grosera; porque las naciones estaban todavia en su infancia. Si á unos hombres (le dijo) que no manifestasen su alegría, sino con gritos tumultuosos, viniera una voz acompañada de algunos instrumentos á hacerle oír una melodía sencillísima, pero sujeta á ciertas reglas, le veriais luego arrebatados de alegría, explicar su admiracion con excesivos hipérbolos, y esto es lo que experimentaron los pueblos de la Grecia antes de la guerra de Troya. Aníon animaba con su canto á los obreros que trabajaban en los muros de Tébas, como se hizo despues cuando se redificaban los de Mesena; y por eso se dijo, que los muros de Tébas se habian levantado al son de su lira. Orfeo hacia dar á la suya un corto número de

(*) *Bartelemy, tom. 3. pag. 78.*

sonidos agradables, y se dijo que los tigres deponian el furor á sus pies: veamos lo que enseña la experiencia. El Vizconde de Chateaubriand refiere el pasage siguiente. „En Junio de 1701, bajábamos por el alto Canadá con algunas familias salvages de la nacion de los *Onontaguas*. Un dia que estabamos detenidos en una llanura á la orilla del rio Genesio, se metió en nuestro campo una culebra de cascabel. Habia entre nosotros un Canadiense que tocaba la flauta, quiso divertirnos, y se acercó á la serpiente con su arma de nueva especie. Lo mismo fué advertirlo el reptil, que se puso en figura espiral, aplanó su cabeza, infló sus mejillas, comprimó sus lábios, descubrió sus dientes emponzoñados, y su boca ensangrentada vibraba sus dos lenguas como dos llamas; sus ojos parecian dos carbones encendidos, su cuerpo hinchado de rábia, se bajaba y levantaba como los fuelles de una fragua; su piel dilatada quedó sin lustre y escamosa, y su cola que hacia un ruido funesto, se movia con tal rapidéz, que parecia un ligero vapor....

Myladi. ¡Jesus, qué bella discipcion! Sígala V. por su vida, que es digna del poeta que describió el grupo de Laóconte.

Doña Margarita. Entonces empezó el Canadiense á tocar su flauta. La víbora hizo un movimiento de sorpresa, y retiró atrás la cabeza: al paso que se hallaba tocada del afecto mágico, perdian su aparato horrible los ojos, se disminuian las vibraciones de su cola, se minoraba, y acababa poco á poco el ruido que hacia, y quedando sus roscas menos perpendiculares sobre la línea espiral, se dilataban por grados, y venian sucesivamente á ponerse sobre la tierra en círculos concéntricos. Los matices de azul, verde, blanco y dorado, volvieron á manifestar su esplendor en su piel trémula, y moviendo ligeramente la cabeza, quedó inmóvil indicando la atencion y placer que tenia. A este tiempo dió algunos pasos el Canadiense, y haciendo con su flauta unos sonidos lentos y monotonos, bajó el reptil su matizado cuello, abrió con su cabeza las delgadas yerbas, y siguió las huellas del músico que la arrastraba, deteniéndose cuando él se detenía, y siguiéndole cuando se alejaba. De este modo la sacó fuera de nuestro campo, en medio de un gran concurso de espectadores, tanto salvages, como europeos, que apenas creían *esta maravilla* de la melodía, aunque la estaban mirando: todos convinieron en que se dejase marchar á aquella maravillosa serpiente.” (*) Ahora bien. Si estos efectos obra la *música sencilla*

(*) *Génio del Cristianismo, tom. 1 pag. 105.*

en una víbora, ¿cuáles otros no produciría la música *marciat* en los indios Mexicanos? Esto es tanto mas cierto, cuanto que ella mueve los afectos de toda especie. Alejandro se enfurecía al oír tocar cierta composición guerrera frigia, y su ánimo se relajaba al escuchar una música mole y afeminada. Por tal causa la adoptaron los Mexicanos en sus combates, y la conducen á los mismos las naciones europeas; ¿cuántas veces por esta consideracion los monarcas de Europa han desistido de la idea de quitarla de los cuerpos militares, no obstante las inmensas sumas de dinero que se gastan en los músicos de los cuerpos!

Myladi. ¿Y de qué instrumentos se componía la música militar de los Mexicanos?

Doña Margarita. Segun el P. Clavijero, de tamboriles, cornetas, y ciertos caracoles marítimos que daban un sonido agudísimo, que en su concepto producian mas rumor que armonía; pero este rumor producía en los soldados el mismo efecto que produce en los nuestros el terrible toque de caja, acompañado de pitos que llaman el *Calacuerda*, ó paso de ataque que enfurece á los hombres, los hace poner al principio pálidos, y dentro de poco desprecian la muerte.... aun me espanta la memoria que hago de este sonido funesto en algunas acciones que presencié el año de 1812 y 13!

Myladi. Yo considero que los españoles hacían en la guerra las espantosas matanzas que nos refieren en sus libros.

Doña Margarita. No dudó que en las primeras acciones, cuando aun no conocían los estragos de la artillería, se harían muchas; pero despues se pusieron en estado de bularse de ella, pues sabían agazaparse al ver el fagonazo, y se abanzaban luego sobre los cañones. Si duró mas la guerra, y Cortés no se empeña en tomar á México, el pleito se ordinaria, y los Mexicanos se hacen inconquistables, sobre que ya peleaban con las mismas armas que les quitaban á los castellanos, guardaban sus mismas formaciones, oponían obstáculos de muchas piedras para que no pudiese obrar la caballería! Las grandes mortandades del sitio de México, no las hicieron los españoles, sino los indios auxiliares, con quienes se batían cuerpo á cuerpo.... Acuérdense W. de la máxima de los Romanos, de no hacer la guerra por *mas de un año* á un pueblo, porque en este tiempo aprendían de ellos á batirse, y los batían con ventaja. Hablemos ya de la bandera ó estandarte con que se presentaban los ejércitos en campaña. El P. Clavijero dice que eran mas semejantes al llamado *signum* de los Romanos, que á las banderas de Europa. Eran unas as-

tas de ocho á diez pies de largo, sobre las cuales ponían las armas ó insignia del estado hecha de oro, de plumas, ó de otra materia preciosa. La insignia del imperio Mexicano era una águila en actitud de arrojarle á un tigre: la de la república de Tlaxcala, una águila con las alas extendidas; pero cada uno de los cuatro señoríos que componían aquella república tenía una insignia diferente. La de *Ocotelolco* era un pájaro verde sobre una roca, la de *Tizatlan*, una garza blanca sobre una peña elevada, la de *Tepeticpac*, un lobo feroz con algunas flechas en la garra, y la de *Quiahuiztilan*, un parasol de plumas verdes. El estandarte que tomó Cortés en la batalla de Otumba, era una red de oro, que probablemente sería la insignia de alguna ciudad de la laguna.

Myladi. ¿Pues qué, no se batió con el ejército imperial de México?

Doña Margarita. No Señora, ese es un disparate que nos han pretendido hacer creer los historiadores españoles, como el hyperbólico Solís para realzar el mérito de su héroe, suponiendo que se batió con todas las fuerzas del imperio Mexicano. Fué una division de Cuauhtitlán y otros pueblos inmediatos que lo fué coleando, ó persiguiendo en la retirada que hizo de México, y le presentó acción donde le pareció que podría batirlo con ventaja. Aleje V. esa especie de su cabeza como una patraña fabulosa para arrullar niños. Si el ejército que estaba dentro de México no se hubiera ocupado en recoger el tesoro y los despojos que dejaron los españoles en la ribera de S. Cosme cuando los derrotaron la noche triste, y hubiera salido luego al alcance, no queda un español vivo; pero se entretuvieron, perdieron esos momentos favorables, y los Mexicanos se perdieron, porque su enemigo se rehizo en Tlaxcala, y volvió á la carga con triple fuerza. El momento que se pierde en la guerra no se recobra.

Además del estandarte y principal del ejército, cada compañía compuesta de 200 ó 300 soldados, llevaba su estandarte particular, distinguiéndose no solo en las plumas que lo adornaban, sino tambien en la armadura de los nobles, y oficiales que á ella pertenecían. La obligacion de llevar el estandarte del ejército (dice Clavijero), tocaba á lo menos en los últimos años del imperio al general, y el de las compañías (segun presume) á sus gefes respectivos. Llevaban el asta del estandarte atada tan estrechamente á la espalda, que era imposible apoderarse de ella, sin hacer pedazos al que la llevaba. Los Mexicanos siempre la colocaban en el centro del ejército, los Tlaxcaltecas en las marchas á la vanguardia, y en las acciones á retaguardia.

Myladi. En esta parte puede decirse que todas las naciones han obrado por un mismo instinto, y como de concierto.

Doña Margarita. Es innegable, y no lo es menos que todas han visto y ven esta señal como sagrada, que fijan en ella su atención, y la ven con cierto respeto, que les inspira qué sé yo que especie de confianza y amor. Soy una pobre mujer, y cuando veo una bandera que flota en medio de un batallón, siento en mi alma un regocijo que no acertaría á explicar si lo pretendiese, sobre todo, desde que se hizo nuestra independencia: ¡bendito sea Dios, (digo), que ya tenemos un pabellón peculiar nuestro! ¡Ah! ¡bajo la sombra y alas de esta águila generosa viviremos seguros! en derredor de ella nos reuniremos á defender nuestra independencia y libertad.... Ya no necesitamos acojernos á un pabellón extraño para figurar en el catálogo de los pueblos.... ya al fijar la vista sobre un buque que viene allende de los mares, no se nos sobresaltará el corazón, y nos preguntaremos como antiguamente lo hacíamos: ¿que órdenes traerá ese leño que fluctúa entre las aguas, y viene de dos mil leguas de distancia? ¿A qué familia vestirá de luto, y hará que el objeto mas precioso de su corazón sea trasladado por un razgo de pluma de un mal ministro á las masmorras de Ceuta, ó de Horán, para morir entre cadenas, y arrastrar una vida congojosa? Todo esto ha desaparecido, pudiendo decir con el divino Tágile en loor del que consumó nuestra independencia (*):

Y al solo arrimo de tus fuertes brazos,
Se caen los eslabones á pedazos.

Myladi. Tiempo es ya de que nos cumpla V. la promesa que nos hizo, de hablarnos de la guerra *defensiva* de los Mexicanos, guerra que no harían, sino en puestos fortificados, y de consiguiente *tendrían fortalezas que hoy no vemos.*

Doña Margarita. En esas últimas palabras nos presenta V. uno de los argumentos con que los enemigos de la gloria de la nación Mexicana han pretendido persuadir al mundo que era bárbara. Los monumentos de arquitectura de las naciones antiguas que permanecen á pesar de las injurias del tiempo, sirven de grande recurso para conocer el carácter de los que los fabricaron, siempre que hay falta de autores coetáneos, como también para suplir á la omisión ó mala fé de los historiadores. Un edificio manifiesta el carácter y cultura de las gentes, porque es cierto (dice el sábio P. Alzáte) que la civilidad y barbárie se manifiestan por el progreso que las nacio-

(*) *El Sr. D. Agustín de Iurbide.*

nes hacen en las ciencias y en las artes. Los Arabes cuando fueron sábios, dispusieron fábricas que aun en el día se admiran; pero al punto que cayeron en la ignorancia, no fabricaron sino despreciables chozas. Las pirámides de Egipto nos enseñan que sus habitantes sabían fabricar sólidamente, como también sus conocimientos en la astronomía, porque dispusieron las fachadas segun los cuatro puntos cardinales. Esto solo, aun cuando careciesemos de los documentos que manifiestan sus progresos en las ciencias, bastaría en el día para convencernos de que componían una nación muy civilizada. Sentadas estas verdades, en que seguramente convendrán W., será preciso concluir con esotras de no menor importancia, á saber: que la nación Mexicana fué sábia, por lo que he referido de su historia, y.... que fué guerrera por los monumentos que nos han quedado que así lo atestiguan.

Myladi. ¿Y cuales son esos monumentos á que V. se refiere?

Doña Margarita. Son varios: el primero es el castillo ó fortaleza de *Xóchicalco*, no muy lejos de México: daré á W. una corta idea de la descripción que nos ha dejado el sábio P. Alzáte entre sus obras (*). Al Sur de Cuernavaca, dice, á la distancia de seis leguas con 13 grados de declinación del Sur al Oeste, se halla el cerro *Xóchicalco*, que en Mexicano quiere decir *casa de flores*. Es un cerro cuya superficie toda se halla fabricada á mano: su altura es de ciento cuatro varas. Toda su circunferencia está rodeada de un foso hecho á mano, y la superficie consta de cinco terrazas ó terraplenes mantenidos por paredes de mampostería, los que son de diferente elevación. Dichas terrazas no son horizontales, sino inclinadas á la parte del Sudeste. En la parte superior se halla una plaza cuadrilonga que tiene de Norte á Sur ochenta y siete varas y media, y del Este al Oeste ciento tres y media, y está rodeada de un muro de piedra que tiene de elevación dos varas. La plazuela está mas baja dichas dos varas respecto de los parajes que sirven de cumbre á *Xóchicalco*, en la que los indios mostraron su habilidad respecto á la arquitectura militar; pues aunque perdiesen los inferiores terrenos retirados, á lo que se puede llamar *ciudadela*, combatían cubiertos á favor de la trinchera, respecto á que tenían un muro elevado dos varas, y los contrarios se hallaban á cuerpo descubierto. Los terraplenes inferiores que circumbalan el cerro no tienen dimensiones iguales, aprovecharonse de la

(*) *Suplemento á la Gaceta de Literatura, tom. 2: reimpression de Puebla.*

misma pendiente para dar á unos mas ó menos ancho, mas ó menos altura; pero todos están fabricados á mano, y mantenidos con paredes de piedra. Todas estas fábricas demuestran lo inteligente que eran los indios en el arte militar, pues disponian sus fortificaciones de manera, que poco á poco iban perdiendo terreno, lo mismo que se ejecuta actualmente en la Europa respecto de las ciudades fortificadas, en las que la defensa vá de la circunferencia al centro. Todo esto no es comparable al castillo (que así llaman) que se halla en el centro de la plaza. Componiase, segun he indagado, de cinco cuerpos que iban de mayor á menor. En la superficie del último se halla una silla (ó *Chimotlale* en Mexicano) de piedra delicadamente construida; todo ha sido destruido por la avaricia de los hacenderos inmediatos para fabricar sus ingenios de azucar y oficinas. Dicha silla no se hallaba situada en el centro de la superficie del último cuerpo, sino á un lado. Esta hermosísima arquitectura, que puede compararse con las pirámides de Egipto por su solidéz, y en mucha parte por su figura cónica, fué destruida, como se ha dicho, por la avaricia de los dueños de haciendas de azucar, pues necesitando de parrillas para sus hornillas, ocurrieron á destruir la fábrica de Xóchicalco. En el centro de la plaza se halla un cuadrilongo todo formado de piedra de talla hermosísimamente labrado, con geroglíficos mexicanos. El primer cuerpo que existe, por la mayor parte tiene del Este á Oeste veinte y una varas, y de Norte á Sur veinte y cinco. Lo que causa asombro es, ver aquellos grandísimos pedrones exáctamente labrados, de manera que el mejor cantero no es capaz de ejecutar obra superior, aunque use de la mas prolija atencion y experiencia. Se hallan ajustados los mas sin mezcla ni betún, y tan sólidamente unidos, que parecen ser obra mas natural que artificial. La parte del primer cuerpo que está fabricado en Talús, tiene dos varas de altura, y de aquí á la corniza tiene dos varas. Todo dicho primer cuerpo está adornado con geroglíficos mexicanos esculpidos á medio relieve, y se conoce que los esculpieron despues de fabricado el castillo, porque de otro modo no era posible que los figurones que ocupan, dos, tres, ó mas piedras, guardasen entre sí la bella disposicion en que están: algunas fallas de la escultura, y tambien algunas junturas de piedra á piedra, están suplidas con mezcla de cal y arena. En las fachadas que miran al Sur y Oeste permanecen algunos pedrones, que hacen patente que el segundo cuerpo era de la misma arquitectura que el primero de ellos; se hallan unos danzantes de medio relieve, y la fortaleza de la obra se manifiesta, porque no obstante de ha-

haber destruido y arrancado las piedras que servian de basa á la fachada Sur y Oeste, permanecen en su colocacion las partes de las referidas fachadas. Aun se ven algunos restos de pintura con bermellon ó cinabrio, lo que hace conjeturar que á todo el castillo le dieron el color referido. Las piedras son todas de mucho volumen: medí algunas, y entre ellas una que está arrojada al suelo, y tiene vara y tres cuartas de largo, una vara de ancho, y media en lo grueso. Las paredes del castillo de Xóchicalco se componen de dos órdenes de piedras trabadas, segun las reglas de arquitectura. El castillo estaba hueco, sin duda para que sirviese de habitacion....” Hasta aquí en lo esencial la descripcion del P. Alzáte, la cual ha excitado tanto la admiracion de los extrangeros, que algunos han hecho viaje formal para efectuar un reconocimiento prolijo (*). Resulta pues probado, señores míos, con la sábia descripcion que nos ha dejado el Sr. Alzáte, que en este continente habia verdaderas fortificaciones ajustadas á los principios del arte militar, y proporcionadas á la naturaleza de las armas con que entonces se combatia, y que los Mexicanos no eran menos sábios en la guerra ofensiva, que en la defensiva. Si no se hubiera descubierto la fortaleza de Xóchicalco á presencia del gobierno español, y hecho relacion de ella por la imprenta, quizá la que nos presenta de otras el P. Clavijero, se tendrian

(*) Tengo á la mano manuscrita la relacion del viaje que hizo el Sr. Baron Grós, secretario de la Legacion francesa; el Sr. Baron Deffaudis, ministro de Francia; los Sres. Gerolde y Ribevio, cónsul general, y encargado de negocios del Brasil, y otros señores que reconocieron esta fortificacion, y sacaron vistas de ella juntamente con unos comisionados que agregó el supremo gobierno en Marzo de 1835. Asimismo tengo á la vista el reconocimiento hecho de la famosa Caverna de Cacahuamilpa que existe por aquel rumbo. Espero que esta relacion se publique en México por separado cuando se haya rectificado su traduccion del francés. La del P. Alzáte está comprobada, y le hará honor en todos tiempos, no obstante las nuevas observaciones que se le han hecho, y que él no pudo verificar; pues no es lo mismo viajar como particular, que expedicionar una compañía de personajes ilustres provista de todo cuanto necesitaba, y altamente protegida por el gobierno, como no lo estaba aquel pobre eclesiástico, sino por el contrario, perseguido. El gobierno español no vió de buen ojo su relacion, como nada de lo que podia exaltar la gloria del antiguo imperio de Moctheuzoma. Era un gobierno ruin, receloso, suspicáz, empeñado en mantener á este pueblo en la estupidez é ig-

por soñadas y fabulosas. En el día no lo son, porque además de los vestigios que existen, durante la revolución del año de 1810 á 1821, se descubrieron varias antiguas fortalezas de los antiguos Mexicanos, en las que se ubicaron y defendieron los llamados insurgentes, como fueron la de cerro Colorado junto á Tehuacán, la de la Palmilla en Acazonica, no lejos de Veracruz: en ambas he estado, y examinándolas hallé que estaban formadas según los principios de fortificación.

Myladi. V. por satisfacer á mis preguntas se ha olvidado de Mochtezuma....

Doña Margarita. Nada de eso, mi Señora, lo tengo bien presente; por señas que lo dejamos regresando victorioso para México, y entrando en Chimalhuacan Chalco, donde fué recibido por los habitantes de las inmediaciones del volcán con muchas rosas y perfumadores; mas como ya era de noche no se le hizo la ofrenda del tributo hasta el día siguiente, el cual consistía en varias cargas de ropa. Si á V. le parece bien, dejáremos á su Magestad imperial por hoy en aquel pueblo, y mañana regresáremos á acompañarlo hasta México, pues el calor no nos permite por ahora formarle el cortejo.

norancia, pretendiendo hacerle creer que si era algo, y algo valía, todo era debido á la dominacion castellana. Sé, á no dudarlo, las contestaciones odiosas que el P. Alzáte tuvo con el Conde de Revilla Gígedo á consecuencia de este viaje, y reclamaciones que hizo, como buen americano, sobre la mala nivelacion de México, empedrados y otros objetos públicos, pues prevenía lo que hoy lloramos, principalmente con respecto al cerramiento de las acequias y limpia de ellas. Como escritor público apuró el caliz de la tribulacion el P. Alzáte; y aunque sus perseguidores lo veían en la indigencia, y precisado á vender sus libros y máquinas en que invirtió el patrimonio de su padre para ser útil á los Mexicanos, y los vendía para comer sóbriamente, no cesaron de mortificarlo, pretendiendo que pasase por un loco extravagante, cuando su pluma era el órgano de la cordura, y la que levantó el pendón de la reforma y buen gusto en la enseñanza de las ciencias. El que esto escribe está cierto de cuanto dice, y se lisonjea de haberse honrado con su amistad, no menos que de tributarle hoy un homenaje de gratitud por sus afanes consagrados al bien estar de sus compatriotas. No se le trató así en Europa, pues la academia de las ciencias de París le honró con el título de Sócio correspondiente suyo.... En él se cumplió perfectamente el Epígrafe de sus obras.... Aurum alios capiat, merces mihi gratia vestra.

Myladi. Nos parece muy bien, y que V. tenga muy buen día. Hasta mañana.

CONVERSACION VIGESIMA.

Myladi. Supongo que S. Magestad habrá pasado feliz noche: incorporémonos en su comitiva, y vámonos á México con su real persona.

Doña Margarita. Mas de una vez tendrá V. que arrepentirse de seguir á tan ilustre personaje. Llegó al día siguiente á Chalco, y las felicitaciones de los viejos fueron muy expresivas: ¡oh bienaventurados nosotros pobres, (decian) que aunque somos polvo y lodo, te hemos visto con salud!.... Vendreis cansado y trabajado de los ásperos caminos, de los montes, llúvias, aires y soles que habreis padecido!.... Descansad, señor, hijo y nieto querido de todos los mexicanos.... Concluida la comida vinieron á felicitarlo los *Atenuaques* comarcanos de la laguna, cargados con toda especie de peces, patos, y sabandijas que pescaban, y el emperador les agradeció el obsequio, se condolió de ellos, mandó á sus mayordomos que les diesen de comer y beber, á los viejos rosas y perfumadores, y á las mugeres de aquellos pescadores humildes, enaguas y hueypiles con que cubrir su desnudéz. Marchó el ejército para la córte, y el príncipe se quedó á retaguardia. Los cautivos se colocaron en dos largas filas, y al entrar por *Mazatlán* comenzaron á dar horrendos gritos en su idioma, que penetraban de dolor los corazones mas insensibles; tanto mas cuanto que se les violentaba á que entonasen ó endechasen, la próxima muerte á que se les condenaba....

Myladi. Por Jesus, Señora, que no siga V. esa horrible relacion; mi corazon se afecta de pesadumbre.... ¡Ah! ¡Quién pudiera haberlos redimido!.... Dichoso el hombre, y mil veces dichoso, que baja al sepulcro diciendo: por mí no se ha derramado una gota de sangre, no se ha enjugado una lágrima dolorida, ni se ha exhalado un suspiro de pena!....

Doña Margarita. ¡No le dije á V. bien, que le habia de pe-